

A través del espejo

Belleza y dolor de la ciencia

Hugo Hiriart

BELLEZA

¿Cómo podrías definir el número 2? Pien- sa un poco. No, desde luego no es fácil hallar una definición. Recurramos al gran Bertrand Russell, experto en estas cosas. Primero, el género próximo. Russell explica que los números son clases. Las clases, como sabes, son colecciones de entidades, por ejemplo, la clase de los gordos o la de los hombres que parecen pingüinos.

Ahora, diferencia específica: ¿Clase de qué? La clase de los dúos, *id est*, mayores que la unidad y menores que tres.

¿No hay algo de poema en esta definición? Hay belleza en su elegante concentración: la mayor precisión, el máximo de expresividad, con el menor número posible de palabras. En el reconocimiento de la formulación inteligente, de la claridad, hay emoción estética.

Sabemos también que los matemáticos hablan de la belleza de ciertas demostraciones. El menor número de pasos, la mayor simplicidad. Escuto: Ezra Pound aconseja quitar de un poema todas las palabras que se pueda. Y el cuentista ruso Babel aconsejaba lo mismo de la prosa. Dice Rilke: “Como era poeta, odiaba toda imprecisión”.

Y, sin embargo, tengo entendido que los matemáticos no suelen ser aficionados a leer poesía. Pero no todos. Hay científicos poetas, hasta hay científicos que, llevados al extremo, han escrito en verso sus libros de ciencia. El ejemplo más eximio es Lucrecio. Lucrecio *vivió en tiempos de Julio César, donde reinaba entre los cultos un ateísmo refinado, y el ateísmo de Lucrecio fue bien recibido, pero con la restauración de Augusto, que revivió la antigua religiosidad, el texto de Lucrecio no sólo dejó de ser leído, sino fue perseguido. Por lo que sólo un manuscrito de*

De Rerum Natura (De la naturaleza de las cosas) *sobrevivió hasta la Edad Media* (Bertrand Russell otra vez).

En el libro el filósofo expone en verso la filosofía de Epicuro. Era el autor predilecto de Shelley, junto con, muy curiosamente, Benjamin Franklin. Lucrecio pese a ser materialista y ateo es apasionado y vehemente.

Un ejemplo. Esto es lo que dice Lucrecio de su maestro Epicuro. La que presentaremos es traducción del legendario abate Marchena, de quien escribe Christopher Domínguez en su tratado sobre fray Servando: “Marchena, el verdadero y acaso el único hereje de la generación de 1808...”. *Apenas recibió las órdenes menores, abandonó la Iglesia para convertirse en predicador revolucionario al servicio de Robespierre, al que encantó como una serpiente, hasta que fue a dar a prisión; libre fue el más afrancesado de los franceses, secretario de Murat* (durante la invasión napoleónica de España) *fue traductor de Voltaire, Rousseau y Lucrecio*. El siguiente es un fragmento de su traducción de Lucrecio.

El padre y el creador de cosas;
Sí, tú nos das lecciones paternales;
Y del modo que liban las abejas
En los bosques floríferos las mieles,
Así también nosotros de tus
[libros
Bebamos las verdades más preciosas;
Preciosas, varón ínclito, muy dignas
De tener larga y perdurable vida.

DOLOR

Se ha divulgado en los medios la noticia de una peligrosa y significativa disminución:



Francisco Toledo, *Rana* (plato)

la de una tercera parte de la población de batracios en el mundo. Hay cinco mil se- tecientas cuarenta y tres especies de anfi- bios repartidos en todo el orbe, y todas es- tán en riesgo. El causante de esta extinción es un hongo que enferma y al fin mata a los animales. ¿Cuál puede ser el origen de esta desgracia? Se ignora, pero las conjeturas apuntan al empleo de la rana en laborato- rios para pruebas de embarazo entre hu- manos. En los años treinta se inyectaba debajo de la piel de una rana viva un poco de la orina de la mujer en examen, si la mu- jer estaba preñada la rana desovaba en po- cas horas. La prueba era falible, tenía esca- sa certeza, pero a falta de mayor evidencia, se la empleaba. Algo imprevisto, sin embar- go, sucedió y se desarrolló el hongo azote de anfibios, que medra en agua dulce, y aho- ra está en la plena y mortal actividad.

El humano vaticina ciertos resultados, pero como es falible, como la prueba de las ranas, unas veces, muy pocas, resulta lo que adelantó, otras, las más, sucede algo que no había sido calculado y esto incluye que, por ejemplo, se logre lo contrario de lo que se intentaba.

Toda la ambigua fragilidad de la exis- tencia humana puede hallarse ahí en la im- posibilidad de predecir, que se cae de ma- dura y es de todos bien averiguada. Pero, también, toda la aventura humana está ahí, porque la historia humana si algo es, es aventura y no otra cosa. **U**